

REGNIGRORVM

LIBRO I: EXORDIO

— LA BRUJA EN BUSCA DEL CAZADEMONIOS —

por Cklo Labella e Hidalga Erenas

CRÉDITOS Y OTRA INFORMACIÓN

RegNigrorvM || Libro I: Exordio
— La Bruja en busca del Cazademonios —

©2019, Cklo Labella e Hidalga Erenas

Primera edición:
octubre de 2019

Revisión de estilo:
Cklo Labella e Hidalga Erenas

Maquetación y corrección ortotipográfica:
Hidalga Erenas

Diseño, maquetación y fotomontaje de portada:
Hidalga Erenas

**Diseño de los distintos logotipos e isotipos de
RegNigrorvM y Attannur, y símbolo de Mári:**
Hidalga Erenas

Queda prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o procedimiento, así como el tratamiento, modificación, alquiler o cualquier otra forma de cesión con ánimo de lucro, sin el consentimiento y autorización expreso de los titulares de la propiedad intelectual de esta obra.

Para más información:
attannur.com
contacto@attannur.com

REGNIGRORVM

LIBRO I: EXORDIO

— LA BRUJA EN BUSCA DEL CAZADEMONIOS —

por Cklo Labella e Hidalga Erenas

CAPÍTULOS DE MUESTRA
PROHIBIDA SU VENTA

primera edición, octubre de 2019



Prefacio

Apreciado lector o lectora, estás ante una obra que, aunque no se especifique, se enmarca en la península ibérica a finales del siglo XV.

Y, si bien es cierto que hay algunas referencias históricas (las pistas están ahí), como ficción que es, nada de lo que acontece en este libro puede tomarse con ningún rigor académico.

Así pues, durante la lectura, te recomendamos que no pienses en qué escenarios, personajes y/o sucesos están basados en cuestiones reales, y simplemente te dejes llevar por las aventuras aquí escritas.

Esperamos que disfrutes de esta novela, y que este sea el principio de un increíble viaje.

Cklo Labella e Hidalga Erenas

SEPTIEMBRE DE 2019

REGNIQRVM

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

DIARIO DE AMADÍS DE LA VEGA I.....	7
LITHBEL ENTRA EN ESCENA.....	8

CAPÍTULOS DE MUESTRA PROHIBIDA LA VENTA

*«Bienaventurado el que lee,
y los que oyen las palabras de esta profecía,
y guardan las cosas que en ella están escritas;
porque el tiempo está cerca».*

Apocalipsis 1:3

— DIARIO DE AMADÍS DE LA VEGA I —

*De lo Sobrenatural, lo Paranormal
y lo Demoniaco,
Registro XIV, a dieciocho de octubre*

De un tiempo a esta parte, he constatado un aumento de sucesos que escapan a las explicaciones racionales. Estoy seguro de que algo o alguien está propiciando dicho aumento de las actividades mágicas, pero todavía no he podido confirmar mis pesquisas.

He de encontrar la fuente de ese poder oscuro y detenerla. Pues, sea lo que sea o haya quien haya detrás, si se continúan intensificando los acontecimientos de naturaleza oculta —tales como extrañas alteraciones climatológicas y apariciones de seres monstruosos—, está claro que el mundo y la realidad que nos rodea, tal y como los conocemos, llegarán a su fin en poco tiempo.

— LITHBEL ENTRA EN ESCENA —

— **S**e hace saber que, gracias a Dios Todopoderoso, nuestra piadosa aldea quedará libre de la vil amenaza del Innombrable. Tal día como hoy, se procederá a la ejecución de Sofía de Buen Pastor, hallada culpable de los crímenes que a continuación se relatan...

—¡Bruja! ¡Bruja!

Decenas de verduras podridas y piedras estallaron contra la estaca de madera donde la acusada habría de arder. El enjuto pregonero dio un respingo, apartándose.

Incontables bocas desdentadas se abrían en todas direcciones. Sucias lenguas, cual gusanos, relamían los labios reseco tras cada imprecación. Los niños más pequeños ignoraban por completo qué sucedía. Los mayores, que gustaban de sentirse superiores a sus hermanitos, ejercían de maestros aun cuando nadie les hubiera preguntado:

—¿Sabéis la vieja que vivía junto al río? ¡Ha hecho que las vacas hayan malparido!

—¡Yo, un día, un día... la vi bañándose desnuda en el río con dos demonios! ¡Y fue asqueroso! ¡Yo la vi hacer cosas con ellos...!

—¡Puaj!

Tras intentar retomar su discurso un par de veces más, el ahora nervioso pregonero decidió abandonar su lugar, no sin antes dedicar una mirada servil al balcón de La Gran Casa: un edificio bastante más amplio y alto que los demás, desde el cual las autoridades presenciaban el acontecimiento.

—Gran alivio el que sienten estas gentes hoy, mi buen Aranoa.

Sazonando sus palabras con una sonrisa torcida, monseñor Vallverde, párroco de la región, se giró hacia el recién llegado, quien en ese momento agachaba la cabeza para traspasar la puerta, un gesto majestuoso debido a los años de forzosa práctica. Su mirada, de costumbre opaca, ahora tampoco dejaba entrever emoción alguna. Hoy, él era el héroe sin lugar a dudas. Pero un guerrero experimentado como el capitán Aranoa ya no alardeaba de sus hazañas, ni siquiera cuando eran tan impresionantes como el haber capturado a esa peligrosa hechicera.

Deteniéndose unos pasos tras el asiento de Vallverde, posó una mano sobre el pomo de su espada a la vez que se inclinaba a modo de saludo. Vallverde asintió.

—Venid, venid aquí a mi lado: este sillón a mi diestra es para vos. Contemplad los frutos de vuestra proeza, y yo me felicitaré por haber contratado al más valeroso y capaz soldado de toda la...

—Monseñor —le interrumpió Aranoa, las cicatrices de su rostro tensándose—, la vanidad es pecado.

Ante la mirada sorprendida —y, lo más peligroso, contrariada— del religioso, el capitán desvió la suya.

—Pido medida en nuestras palabras... hasta estar realmente solos —añadió.

—¿¡Cómo!? —inquirió Vallverde—. ¿¡Acaso cree que *yo, un sacerdote, osaría pecar de vanidad!*? ¿¡Y que Dios deja de observarnos en algún momento!?

Las cicatrices perdieron algo de su color.

—Sé que Dios observa en todo momento, señor. Mas no pido recato para burlarle a Él —el militar bajó la voz—. Quien me inquieta es el Diablo.

—Es cierto: no teme a Dios, me teme a mí —interrumpió entonces una tercera voz.

Ambos hombres se volvieron. Los dos soldados que guardaban la puerta yacían en el suelo, inconscientes. De pie, entre ambos, una figura encapuchada. La luz del día apenas llegaba a esa parte de la sala; solo un destello rojizo se dejó entrever donde debería haber un rostro.

—¡Tú...! ¡Zorra! —Aranoa desenvainó.

—¿Quién es? ¿Qué pasa aquí? —balbuceó Vallverde.

La figura, sin inmutarse, dio unos pasos. La luz desveló primero unas botas oscuras, interminables. Luego, unos muslos cubiertos únicamente por extraños dibujos que se hacían aún más serpenteantes y detallados a medida que subían por su firme vientre desnudo, su senos turgentes y sus brazos. Solo un grueso cinturón de piel cargado de varios bolsillos colgantes interrumpía tan hipnótica composición.

—Este tiparraco tiene cargo de conciencia: ha... *olvidado* cumplir con su parte del trato —ronroneó la desconocida—. Yo capturaba a la bruja y él me daba el dinero —un destello rojo volvió a escapar de las profundidades de la capucha—. También habría estado bien un viajecito con tu... amiguito. ¿Qué te pasa, eh? Los soldados forzáis a cuanta hembra se os pone por delante, pero a mí ni me rozaste. ¿Te doy miedo, o es que yo no te resulto atractiva?

El religioso se santiguó.

—Aranoa, ¿qué significa esto?

—Como bien habéis dicho, monseñor —siseó la mujer—, es bueno ver el fruto de nuestras proezas. He venido a disfrutar del espectáculo que yo, y no este pavo hinchado que os acompaña, he preparado. Aunque dar caza a esa vieja no ha sido gran cosa.

—¿Qué dice esta... mujer, capitán?

—¡Atrás! ¡Hija de Satanás!

Con un rugido, el militar se abalanzó sobre la mujer. Pero la encapuchada alzó una mano que, sin llegar a tocarlo, lo derribó.

—¡¡¡Magia negra!!! —aulló Vallverde.

Riendo, la mujer se colocó sobre Aranoa, sus pies inmovilizando los poderosos brazos del hombre quien, resollando, trataba en vano de liberarse.

—Pobre cachorrito mío. Deja que te ayude —la encapuchada le arrebató la espada y estudió, ufana, la rica pedrería y el afinado trabajo en oro de la empuñadura—. Esto, fundido, debe valer una fortuna.

—¡Dios! —chilló entonces Vallverde al ver cómo la mujer, gimiendo, doblaba las rodillas y hacía desaparecer la empuñadura del arma entre sus piernas.

—Hmm... ¡Me encanta! —la mujer aferró con fuerza la espada y, sentándose, la hundió en el torso de su víctima.

El guerrero pereció en el acto con un terrible gruñido.

—¡Dios Santo! —chilló de nuevo monseñor con los ojos desorbitados.

Una mancha oscura impregnó lentamente la entropierna del muerto.

—Hasta le ha gustado. ¡Joder! —murmuró ella.

—¡Dios Santísimo!

La mujer desclavó la espada y lamió la sangre del filo antes de hacerla desaparecer bajo su capa. Y, en un parpadeo, se personificó junto al clérigo, lo agarró por el cuello, lo levantó y lo sustituyó en el sillón. Con otro rápido movimiento, lo empujó hacia el balcón de La Casa Grande, quedando ella detrás. Así, cualquier pueblerino curioso que otease hacia allá vería solo a su párroco en pie, admirando el evento.

—¡Ya traen a la condenada! —volvió a hacerse oír el pregonero.

Un destartalado carro de madera tirado por un corcel negro se acercaba a la pira. En él, una jaula de gruesos barrotes transportaba a una anciana rapada y vestida con harapos que otrora fueron blancos.

Desde La Casa Grande, la encapuchada bufó:

—Siempre es lo mismo. Dime, perro sarnoso: ¿Dios no pudo inventarse más males que los de siempre, o qué? Herejía, siseeeeempre herejía.

Apareció entonces el gigantesco verdugo. Aquello hizo enmudecer al gentío.

—Míralo, ¡el que imparte justicia! Seguro que es un borracho y viola a crías —gruñó la encapuchada.

En la plaza, el ángel de la muerte abrió la jaula y, tomando entre sus poderosos brazos a la vieja, la arrastró sin esfuerzo hacia la estaca de madera. La anciana pataleó débilmente, tratando de escapar. Pronto se halló atada.

La muchedumbre enloqueció de nuevo:

—¡Bruja!

—¡Arderás en el Infierno!

—¡Quemadla ya! ¡Quemadla ya!

El verdugo se volvió hacia el balcón.

—Ordénale que proceda. ¡Venga! —la voz de la encapuchada silbó dentro de la cabeza del clérigo.

Presuroso, este alzó una mano temblorosa. Al momento se prendió una enorme antorcha y, tras mostrarla a la multitud, el verdugo la arrojó a la pira. Las llamas empezaron a acercarse a los pies de su víctima.

—Bien, escucha —continuó la encapuchada con voz gélida—: ahora, vuélvete y arrodíllate ante mí. Te dejaré salir con vida de esta si me contestas a unas preguntas. Fácil, ¿verdad?

El hombre, sudoroso, obedeció.

—¡Santo D...! —iba a exclamar cuando su captora le hundió el rostro entre sus tatuados muslos.

—Contestarás a mis preguntas o te mataré aquí mismo. Me darás todos los detalles. Sobre todo quiero detalles —y rio.

Atrapado entre las poderosas piernas de la mujer, el hombre apenas alcanzó a asentir con la cabeza.

—Mmm, ya solamente tu respiración me es grata. Veamos: hay un tipo que trabaja para vosotros, un cazademonios. Pero, a diferencia de otros, se vale de artilugios prodigiosos que escupen fuego. ¡Dime su nombre!

El hombrecillo gimió. Impaciente, la mujer apretó más sus muslos, asfixiándolo. Con terrible esfuerzo, el párroco finalmente habló:

—Es... él... se llama... debe tratarse... de... Amadís...

—¿Amadís qué más?

—Amadís... de la Vega.

—¿Y dónde puedo encontrarlo? —la voz de la mujer se perdió en un largo suspiro. Recolocó sus caderas.

—No... no... lo sé...

—¡No mientas, cerdo!

—Yo... por... favor... Creo que... anda por Las... Montañas... del No... Norte...

—Ummmmm... ¡Especifica!

Allá abajo, sacudida por desgarradores sollozos, la anciana bruja empezaba a desdibujarse tras largas columnas de humo negro. Cuando las primeras llamas empezaron a trepar por sus piernas, su grito ahogó los de la muchedumbre, que volvió a enardecerse.

Por eso, nadie se volvió hacia el balcón de La Casa Grande, ni vio la cabeza cercenada de monseñor Vallverde cruzar el cielo.

Únicamente fue vista al caer a los pies del fuego.

El populacho tardó en reaccionar.

Cuando lo hizo, los de las primeras filas trastabillaron hacia atrás, provocando caídas y abucheos. Se volvieron los unos hacia los otros, confusos. Solo unos pocos alcanzaron a santiguarse.

—¡Monseñor! ¡Es su cabeza! —se oyó entonces.

—¿¡Cómo!? ¿¡Qué!? ¡Dios nos ampare!

—¡Mirad!

Y, ante la sorpresa del gentío, una figura encapuchada se descolgó del balcón de La Casa Grande por una cuerda, aterrizando en el humo de la pira. Al poco, reapareció con la anciana a cuestas, la cual estaba desmayada y medio chamuscada. La encapuchada, entonces, volvió a elevarse con la misma cuerda, se posó sobre uno de los tejados y, tras una teatral reverencia, desapareció.

A pesar de que se organizó un grupo de hombres para dar caza a las dos fugitivas, nadie las encontró jamás. Nadie supo nunca que la encapuchada se hizo con un caballo y que cabalgó hasta un escondido claro entre las montañas, a mucha distancia de allí. Que despertó a la anciana inconsciente a bofetones. Que lo primero que hizo la vieja, aún sin haberse recobrado del todo, fue imprecarla:

—¡Tú! ¡Te vi! ¡Te vi antes de que me golpees! Tú... ¡Tú me vendiste a un cazador de brujas! ¿Quién eres?

Tras conducir con parsimonia al caballo hacia un arroyo cercano, la aludida por fin se desembarazó de la oscura capucha. Largas ondas canosas cayeron libremente hasta las caderas; solo unos mechones azabache hacían juego

con un rostro joven y, ciertamente, atractivo. Unos labios generosos se curvaron en una sonrisa. Bajo el labio inferior destelló un rubí. Un par de ojos perfilados le devolvieron la mirada a la anciana. Un par de ojos blancos, salvo por dos puntos negros en el centro.

Pequeños.

Profundos.

—No has muerto, así que deja ya de quejarte.

—¡Tu voz! Tú... —la anciana, tratando de incorporar su aturdido y quemado cuerpo, la señaló con un dedo tembloroso—. ¿Lithbel? ¿Eres... eres tú?

—Saludo con alegría a mi mentora. Y no me sueltes un sermón. He hecho esto por dinero, no es nada personal. En ningún momento tuve la intención de dejar que te achicharrasen.

—¿Cómo has sido tan...? —la anciana boqueaba, incapaz de hallar palabras para expresarse—. ¡A mí, que te acogí y te traté como a una hija! ¡A mí... que te enseñé cuanto sabes!

—Me enseñaste algunos trucos, sí. Pero, a juzgar por lo mal que te defiendes del peligro, no valen gran cosa, ¿eh?

—¡Mocosa! Si sabes cómo curar heridas, cómo usar alucinógenos... incluso si sabes cómo evitar los embarazos, ¡es gracias a mí!

—No lo creas.

—Y hace apenas dos noches, me atacas por la espalda, ¡y me entregas por un puñado de monedas! ¡Judas!

—¡No te pongas pesada, Sofía, o te mando de vuelta a la hoguera!

La vieja calló. Pero mil preguntas rebullían en su mente:

—Lithbel, ¿dónde has estado todo este tiempo? ¿Qué te ha pasado? ¡Tus cabellos, tus... tus ojos! Estás tan...

Una garra aprisionó entonces su garganta. Sin soltar a su presa, Lithbel acercó el rostro al de la anciana.

—Estás horrorosa. Las quemaduras no te favorecen nada.

—¿¡Qué!? ¡Quiero un espejo! ¡Quiero verme!
—olvidando todo, la vieja se llevó las manos a la cara, aterrada.

Dicho esto, la joven subió al caballo robado y partió al galope sin siquiera despedirse. Nadie supo jamás que la desgraciada anciana lloró y blasfemó cien noches cuando descubrió su nuevo rostro esculpido por las llamas: ni las bestias del apocalipsis se describían tan horrendas. Tampoco se supo jamás que la misteriosa joven fue tras la pista de un hombre que, según sus planes, podía serle de mucha utilidad.

POR CKLO LABELLA E HIDALGA ERENAS

Un hombre llamado Amadís de la Vega.

FIN

**DE LOS CAPÍTULOOS
DE MUESTRA**

Apreciado lector o lectora, si te gusta lo que has leído, puedes adquirir directamente este libro en Amazon, tanto en físico como en digital.



Biografías

A Cklo Labella le interesan la simbología y la psicología, el folclore y los mitos. Explorar esos esquemas ocultos que, cree, rigen el Universo.

Ha sido mimo, partenaire de mago y cómplice de asesinos en serie... ¡C'est la Vie de Bohème!

Estudió pintura con profesores ciegos. Y ahora sufre una acusada coreomanía que le descubre, día a día, que La Vida no es nada de lo que venden como tal.

Se ha dedicado a lo primero; sigue en lo segundo. Con Attannur retoma su etapa como narradora.

En la actualidad, Hidalga Erenas vive y sobrevive recluso en una apartada cueva en la que se dedica a transmutar sus pensamientos en palabras, sonidos, dibujos y otros elementos materiales e inmateriales, físicos y metafísicos, con el objetivo de conseguir la fórmula mágica que le permita fusionarse con sus monstruos interiores, para así renacer convertido en un ser cósmico, incorpóreo y atemporal.

Sabe que es una ardua tarea.

Pero también sabe que, si no lo consigue, al menos tendrá la conciencia tranquila por haberlo intentado.

АТЛАНТУС